



Bohumil Hrabal

Yo serví al rey de Inglaterra

Galaxia Gutenberg

BOHUMIL HRABAL

Yo serví al rey de Inglaterra

Traducción de
Monika Zgustova

Galaxia Gutenberg



La traducción de esta obra ha recibido una subvención
del Ministerio de Cultura de la República Checa.

Título de la edición original: *Obsluhoval jsem anglického krále*
Traducción del checo: Monika Zgustova

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en este formato: mayo 2015

© Bohumil Hrabal Estate, Zúrich, Suiza, 1971
© de la traducción: Monika Zgustova, 2011
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: DL B 7923-2015
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-49-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

Un vaso de granadina

Escuchad bien lo que voy a contaros.

Apenas había llegado al hostel Praga Ciudad Dorada, cuando el patrón me tiró de la oreja izquierda y me dijo: Serás el mozo del restaurante, ¿de acuerdo? ¡Recuerda, no has visto nada, no has oído nada! ¡Repítelo! Así pues repetí que en aquel restaurante no debía ver ni oír nada. Entonces el patrón me tiró de la oreja derecha: Pero grábate en la memoria que tienes que verlo y oírlo todo. ¡Repítelo! Sorprendido, repetí que lo vería y oiría todo. Así fue como empecé. Cada día a las seis nos reunían en el comedor del restaurante, como si fueran a pasar revista a la tropa: a un lado de la alfombra estábamos el maître, los camareros y yo, en el extremo, insignificante como corresponde a un botones; al otro lado se colocaban los cocineros, las camareras, las mujeres de la limpieza y la mujer que friega los platos; el patrón pasaba entre unos y otros y comprobaba si las camisas, los cuellos y el frac estaban immaculados, que no les faltase ningún botón, que lleváramos los zapatos enlustrados, se inclinaba para olfatear si nos habíamos lavado los pies y al fin decía: Buenos días señoras, buenos días señores... Y desde aquel momento no debíamos hablar con nadie; los camareros me enseñaron a envolver los cubiertos con una servilleta, yo me dedicaba a limpiar los ceniceros y a mi obligación de cada mañana: lavar el recipiente metálico con el que llevaba las salchichas calientes para venderlas en la estación del tren; me lo había enseñado el que ejercía de mozo antes que yo y que lo dejó para convertirse en camarero; cuántas veces rogué que le permitieran continuar vendiendo salchichas en la estación, a mí me parecía extraño, pero después lo comprendí y también empecé a preocuparme para poder reco-

rrer todo el tren con las salchichas calientes. Y es que cada día me sucedía la historia siguiente: servía a un viajero un bocadillo de salchichas que costaba una corona con ochenta, pero el viajero tenía sólo un billete de veinte o cincuenta coronas, entonces yo fingía no disponer de cambio, aunque tenía los bolsillos repletos de monedas, continuaba vendiendo hasta que el viajero subía al tren y con los codos se abría camino hasta la ventanilla para sacar el brazo, mientras yo poco a poco me libraba del bote de salchichas y removía las monedas en el bolsillo; el viajero gritaba que me podía quedar con la calderilla, pero que procurara sobre todo devolverle los billetes, y yo, con toda la calma del mundo, buscaba los billetes en el bolsillo, el ferroviario silbaba mientras yo los sacaba pausadamente; así que el tren arrancaba, me ponía a correr y cuando el convoy ya iba a toda marcha, yo levantaba el brazo, de forma que el viajero asomado por la ventanilla casi podía tocar los billetes con la punta de los dedos; algunos se abalanzaban de tal manera que los demás viajeros tenían que sujetarles por las piernas; en una ocasión, uno se golpeó la cabeza con un poste, pero entonces sus dedos ya se alejaban y yo me quedaba allí, resoplando igual que una locomotora y con el brazo extendido, con el dinero en la mano, dinero mío porque los viajeros no volvían casi nunca a reclamar el cambio; de esta forma yo iba ahorrando, cada fin de mes contaba con unos cuantos cientos de coronas, un día llegué a reunir mil, pero ya que cada mañana a las seis y cada noche antes de acostarme el patrón venía a comprobar si me había lavado los pies y si a las doce ya estaba en la cama, me vi obligado a desplegar la táctica de no oír nada pero oírlo todo a mi alrededor, y de no ver nada pero verlo todo, principalmente veía el orden y la disciplina que el patrón había establecido, y su satisfacción al vernos atemorizados por su rigidez; imaginad que la cajera fuera al cine con uno de los camareros: ¡eso le hubiera valido un despido seguro! También empezaba a conocer a los clientes fijos que tenían mesa reservada, cada día debía

limpiar sus vasos, cada uno tenía su número y su signo, uno con un ciervo, otro con violetas o con un pueblecillo, había vasos cuadrados y redondos, una jarra de barro con las letras HB, que provenía de lejos, de Múnich; la clientela fija venía cada tarde: el notario, el jefe de estación, el juez, el veterinario, el director de la escuela de música y el industrial Jína; yo les ayudaba a sacarse y ponerse el abrigo, cuando repartía la cerveza debía servir cada vaso a su dueño, y me quedaba maravillado al ver cómo aquellos ricos perdían una tarde tras otra discutiendo si en las afueras de la ciudad había una pasarela, al lado de la cual, hacía treinta años, hubo un chopo: uno decía que antes no había ninguna pasarela, en cambio el chopo, sí, otro decía que nunca hubo ni un chopo ni una pasarela, sólo un tablón con una barandilla... y con esta animada conversación se divertían toda la tarde, los de un lado de la mesa gritaban que había una pasarela, pero no un chopo, los del otro les devolvían la pelota afirmando que hubo un chopo, pero nunca una pasarela, y al final todo el mundo estaba más contento que unas pascuas: gritando y discutiendo la cerveza entraba mejor; otra tarde batallaban para aclarar cuál era la mejor cerveza de Bohemia, uno decía que la de Protivín, otro que la de Vodňany, un tercero que la de Pilsen, un cuarto que la de Nymburk; se peleaban y gritaban, pero en el fondo se querían, y si vociferaban era para hacer algo, para matar el tiempo, para pasar la tarde de algún modo... Un día, mientras yo les servía sus jarras de cerveza, el jefe de estación se inclinó y dijo en voz baja que habían visto al veterinario con las chicas de El Paraíso, que se quedó con Jaruška, entonces el director del instituto murmuró que el veterinario sí había estado, pero no el jueves, sino el miércoles y no con Jaruška, sino con Vlasta, y pasaron la tarde hablando de las chicas de El Paraíso y de los que iban y de los que no habían ido nunca; yo oía todo lo que hablaban, pero me daba igual, no me preocupaba por tonterías como si en las cercanías de la ciudad hubo un chopo o una pasarela, o un chopo sin pasarela, o una

pasarela sin chopo, o si era mejor la cerveza de Bráník o la de Protivín, yo no quería ver ni oír nada, lo único que me habría gustado era visitar aquella casa de El Paraíso. A partir de entonces ahorraba más que nunca, vendía salchichas calientes con el claro objetivo de poder ir un día a El Paraíso, por eso aprendí a dar pena en el andén, y pequeño como era los viajeros indicaban con un gesto la intención de dejarlo y me decían que me quedara con el cambio; creían que era un huérfano. Ideé un plan de batalla: un día, después de que el patrón comprobara que yo tenía los pies limpios, saltaría por la ventana de mi habitación e iría a El Paraíso. En el Praga Ciudad Dorada, aquella jornada empezó de una forma muy alterada. Un poco antes de la hora de comer entró un grupo de gitanos, iban bien vestidos y ya que eran caldereros, tenían dinero y pedían los mejores platos; siempre que pedían más platos enseñaban el dinero. El director de la escuela de música estaba sentado cerca de la ventana y leía un libro, pero como los gitanos hablaban a gritos, se cambió a una mesa en el centro del restaurante y continuó leyendo, el libro debía de ser muy interesante porque el director no paraba de leer ni mientras iba de una mesa a otra, leía cuando se inclinaba para sentarse, leía y con la mano buscaba la silla. Entretanto yo lavaba los vasos de los clientes fijos, los miraba a contraluz, tenía poco trabajo porque era última hora de la mañana y había pocos clientes, que además pidieron platos sencillos: una sopa y un estofado; los camareros siempre debíamos simular que estábamos atareados, por eso yo limpiaba una y otra vez y los camareros ponían orden en los cubiertos ya ordenados... Cuando miraba a contraluz un vaso en el que ponía Praga Ciudad Dorada, vi por la ventana un grupo de gitanos con mala pinta que corrían hacia nuestro restaurante, hacia el Praga Ciudad Dorada; en el pasillo debieron de sacar los puñales y lo que pasó después fue horrible: se pusieron frente a los gitanos que estaban en la mesa, y éstos, como si ya los estuvieran esperando, dieron un salto y cogieron las mesas del restaurante para ponerse-

las de coraza, pero aun así dos de ellos no tardaron en caer boca abajo con un puñal clavado en la espalda, y los del clan de los puñales venga pinchar y llenar de cortes manos, mesas y lo que se les ponía por delante. Las mesas estaban llenas de sangre, pero el director de la escuela de música continuaba leyendo su libro con una sonrisa en los labios, los rayos de la tormenta gitana no caían a su alrededor sino sobre él, tenía la cabeza y el libro ensangrentados, clavaron dos veces un cuchillo en su mesa, pero el señor director continuaba leyendo como si nada; yo mismo me había escondido bajo el mostrador y a cuatro patas me arrastraba hacia la cocina, los gitanos gritaban, los puñales centelleaban, parecían moscas de color metálico que volaban a través del Praga Ciudad Dorada; finalmente los gitanos retrocedieron hacia la puerta y en un momento desaparecieron, se entien- de que sin pagar, dejando tras de sí las mesas ensangren- tadas, dos hombres en el suelo, dos dedos, una oreja y un trozo de carne cortados de un golpe; alguien llamó al médi- co para que ayudara a los apuñalados e identificase los tro- zos: una vez allí comprobó que el trozo de carne lo habían cortado del músculo de un brazo; durante este tiempo, el director continuó leyendo su libro con la cabeza entre las manos y los codos apoyados sobre la mesa, el resto estaban arrimadas a la pared cerca de la puerta de salida, aquellas mesas formaban una barricada que ayudó a la huida de los gitanos; al patrón, vestido con su chaleco blanco, aquel del dibujo de abejas, no se le ocurrió hacer nada mejor que plantarse delante del restaurante, levantar las manos y la- mentarse a los clientes que venían, ¡cuánto lo siento!, hemos tenido un incidente y no volveremos a abrir hasta mañana. Yo me encargué de los manteles llenos de sangre, debía lle- varlos al patio y encender el fuego de la caldera grande, la mujer de la limpieza y la de fregar platos tenían que hacer el baldeo semanal, poner los manteles en remojo con agua hir- viendo, yo debía tenderlos, pero no llegaba a la cuerda, así que los tendía la mujer de fregar platos, yo le alcanzaba los

manteles escurridos mientras ella se hartaba de reír porque yo le llegaba sólo hasta la altura del pecho, me tomaba el pelo: me ponía los pechos en la cara, fingiendo que era sin querer, primero un pecho y luego el otro; cuando me los colocaba en los ojos, el mundo se oscurecía y desprendía un olor que sabía a gloria, después la mujer se inclinaba para coger otro mantel del cesto y yo veía el canalillo entre los pechos que se balanceaban; cuando se incorporaba, volvían a ponerse firmes y las mujeres me decían, ¿qué, hijo, cuántos años tienes? ¿Ya has cumplido los catorce? ¡Caramba! Al anoecer soplaban un poco de brisa y los manteles se hincharon formando una especie de biombo, como los que ponemos en el restaurante cuando queremos aislar una boda o un banquete; yo ya lo tenía todo ordenado y el restaurante volvía a estar limpio, reluciente y lleno de claveles, cada día teníamos una cesta llena de flores del tiempo; simulé acostarme, pero después, cuando todo estuvo sumergido en el silencio, solamente se oía el borboteo de los manteles que parecía que hablaban entre sí y el aire estaba impregnado de conversaciones de muselina, abrí la ventana y resbalé hacia abajo; abriéndome camino entre los manteles llegué hasta la puerta y salté el muro. Tomé un callejón y avanzando por las sombras entre los faroles, evitando los transeúntes nocturnos, al final llegué a la esquina desde donde se veía el rótulo verde que decía «El Paraíso»; me quedé un rato para recuperar el aliento, de las entrañas del edificio llegaba el rumor del piano mecánico, me armé de valor para entrar: en el pasillo había una ventanilla, tan alta que tuve que ponerme de puntillas, dentro estaba sentada la señora Paraíso y me preguntó, ¿qué desea, señorito?, yo contesté, me gustaría divertirme, cuando me abrió la puerta, dentro estaba sentada, fumando, una chica joven con los cabellos color de noche, peinados hacia arriba, y me hizo la misma pregunta: ¿qué desea? Le dije, querría cenar, ella me preguntó si deseaba pasar al restaurante, yo me ruboricé y le dije, no, no, querría cenar en un reservado; ella me miró larga-

mente, soltó un silbido y me preguntó, su pregunta sobraba porque conocía la respuesta de antemano, ¿y con quién? La señalé mientras decía: con usted. Moviendo la cabeza, me cogió de la mano y me llevó a través del oscuro pasillo con luces rojas; después abrió la puerta de una habitación con un sofá, una mesa y dos sillas tapizadas de terciopelo; la luz brillaba tras la cortina y caía desde el techo como las ramas del sauce llorón; una vez sentado acaricié el dinero con la mano para coger fuerzas y dije, ¿verdad que cenará conmigo? ¿Qué quiere beber?, ella dijo que champán, asentí con la cabeza y ella dio unas palmadas, compareció un camarero con una botella, la descorchó, después se la llevó tras la cortina para llenar las copas; yo bebía champán, las burbujas cosquilleaban en mi nariz provocándome ruidosos estornudos, la chica bebía un vaso tras otro, después me dijo su nombre y me confesó que tenía hambre, yo dije, vamos, que traigan lo mejor de la casa, ella dijo que le encantaban las ostras, que las tenían frescas, así pues comimos ostras, acompañadas de otra botella de champán; la chica empezó a acariciarme el pelo y me preguntó de dónde era, yo dije que de un pueblo tan pequeño que hasta hace un año no había visto el carbón, eso le hizo gracia y me dijo que me pusiera cómodo, yo tenía calor, pero sólo me quité la americana, ella también tenía calor y me preguntó si me importaría que se quitase el vestido, yo la ayudé y dejé su vestido bien colocado sobre la silla, ella me desabrochó la bragueta; en aquel momento yo estaba convencido que El Paraíso era un lugar no bueno ni fantástico sino paradisíaco, me cogió la cabeza y me la apretujó entre sus pechos perfumados, cerré los ojos y me habría gustado dormirme entre aquel aroma y aquella piel suave, ella me ponía la cabeza más abajo y yo le olfateaba la barriguita mientras ella respiraba, era muy bonito, y con más razón aún porque estaba prohibido, yo ya no deseaba nada más que eso, sí, cada semana ahorraría ochocientas coronas vendiendo salchichas calientes porque ahora tenía una meta bella y noble; mi padre acostumbraba

a decirme que mientras tuviera un objetivo, viviría bien, porque tendría un motivo para ir tirando. Y vi que aún no se había terminado; en silencio, Jaruška, ése era su nombre, me sacó los pantalones y los calzoncillos y de pronto sentí sus labios en el bajo vientre; pensé en todas las cosas que podrían pasar en El Paraíso, empezó a temblarme todo el cuerpo y bruscamente me encogí como un gusano diciendo: ¿qué es esto, Jaruška, qué hace? Pero lo que ella quería es que yo perdiera el control: me acarició con su boca, yo quería apartarla, pero ella pareció enloquecer, movía la cabeza cada vez más rápido, yo ya no quería evitarla, me tumbé y la cogí de las orejas, sentía que todo fluía de mí, qué diferencia, ahora que una chica con el pelo bonito y los ojos cerrados me bebía hasta la última gota, a cuando me lo hacía yo solo, en el subterráneo, y tiraba con asco la porquería entre el carbón, o en la cama recogiendo con un pañuelo... Jaruška se levantó y dijo con voz lánguida, ahora haremos el amor... pero yo estaba demasiado sobreexcitado y cansado, así que me resistí diciendo: tengo hambre, ¿usted no? Y ya que tenía sed, cogí el vaso de Jaruška, ella me lo quería impedir, pero rápidamente tomé un sorbo y desencantado aparté la copa: no era champán sino limonada, que yo pagaba a precio de champán, así descubrí cómo se hacían las cosas; a mí que no me tomen el pelo: riendo pedí otra botella de champán como debe ser, y cuando me subió, me arrodillé para apoyar la cabeza en el regazo de la chica mientras con la lengua le enredaba aquel pelo bonito; como yo pesaba poco, me cogió por las axilas y me subió encima de ella, se abrió de piernas y yo, por primera vez, entré dentro de una mujer: fue una maravilla, ella me aprisionaba contra su cuerpo y me decía al oído que aguantara al máximo, pero yo me moví sólo un par de veces y a la tercera salpiqué en la carne tibia; ella arqueó la espalda haciendo el puente, tocando el sofá con el pelo y con los pies hasta el último momento; cuando quedé lacio, yacía sobre el arco de su cuerpo y entonces me aparté para ponerme a su lado. Ella respiraba

profundamente, se tendió también y sin mirarme paseó su mano por mi vientre y por todo mi cuerpo... Y ya era hora de vestirme, de decir adiós y de pagar, el camarero hizo números y me alargó la cuenta de setecientas veinte coronas, cuando me iba le di doscientas a Jaruška; una vez en la calle, me alejé un poco para apoyarme en una pared y así me quedé, soñando con las cosas que acababa de ver por primera vez en una de aquellas casas mágicas llenas de chicas, y me dije, bien, que esto te sirva de lección, volverás mañana mismo como un señor, y es que los había dejado a todos boquiabiertos entrando como un miserable vendedor de salchichas de la estación y saliendo mejor que cualquiera de los notables de la ciudad que se acomodan cada tarde en el Praga Ciudad Dorada...

Al día siguiente veía el mundo de otra forma; poderoso caballero es don dinero: el dinero me abrió no solamente la puerta de El Paraíso, sino también del respeto; más tarde recordé que la señora Paraíso, cuando vio que yo tiraba alegremente al aire dos billetes de cien coronas, quiso cogerme la mano para besarla, supuse que quería saber la hora y que buscaba un reloj que yo aún no tenía; pero el beso no iba dirigido a mí, un pequeño botones del Praga Ciudad Dorada, sino a las doscientas coronas, a mi dinero en general, a las mil coronas que tengo escondidas bajo el colchón, al dinero que gano cada día vendiendo salchichas calientes en la estación. Por la mañana me mandaron por flores; cuando volvía con la cesta vi a un anciano que se arrastraba por el suelo buscando una moneda que se le había caído, con las manos revolvió el polvo y como seguramente no veía muy bien, le dije, ¿qué busca, abuelo? Me contestó que había perdido una moneda de veinte céntimos y yo esperé a que pasara más gente por allí, cogí un puñado de monedas y lo lancé al aire; a toda prisa cogí las asas de la cesta para irme y cuando al llegar a la esquina me volví, observé a varias personas que se arrastraban por el suelo simulando que las monedas eran suyas, y las querían recuperar ante las narices de los demás,

gritando, escupiendo y sacando las uñas como gatos rabiosos; ante aquel espectáculo me harté de reír porque vi claramente qué es lo que mueve a la humanidad, qué desespera a la gente y de lo que es capaz el género humano para conseguir unas monedas. De vuelta con las flores, vi a un grupo de gente delante del restaurante, subí a una habitación del primer piso y tras asomarme, lancé un puñado de monedas de tal forma que no cayeran directamente al lado de la gente sino un poco más lejos. Entonces bajé y mientras cortaba los claveles que acababa de traer, los colocaba uno en cada jarrón y los adornaba con dos ramitas de esparraguera, contemplaba a la gente que se arrastraba por el suelo entre el polvo recogiendo mis monedas, arrancándoselas a arañazos, insultándose y gritando... Aquella noche y todas las siguientes soñaba con lo mismo, también durante el día; mientras limpiaba una y otra vez, simulando que trabajaba, miraba a través de los vasos la plaza, la maltrecha columna de la peste, el cielo y las nubes; el ensueño me perseguía: volaba por encima de las ciudades y pueblos, tenía un bolsillo enorme, infinito, del cual sacaba puñados de monedas que esparcía por las aceras, como si sembrara trigo; nadie podía resistirse, se agachaban a recoger las monedas golpeándose con la cabeza e insultándose, entonces yo continuaba mi vuelo, sacaba más dinero del bolsillo y las monedas sonaban y caían por la espalda de los viandantes; tenía el poder de entrar volando al interior de los trenes y tranvías, y allí lanzaba el dinero por el suelo: el vagón se convertía en una olla de grillos, todos se inclinaban, se agachaban y venga codazos, fingiendo que era a él a quien había caído el dinero... Esta especie de sueños me animaban: puesto que era bajito, tenía el pescuezo corto y el cuello de celuloide de la camisa que nos obligaban a llevar en el trabajo me dolía, para evitar aquel martirio iba siempre con la cabeza erguida, había aprendido además a mirar desde lo alto, puesto que no podía agachar la cabeza sin que el cuello de la camisa me segara la carne, me inclinaba con todo el cuerpo y así iba por el mundo, con la cabeza

echada hacia atrás, los ojos semicerrados y mirando con cara de desprecio, como si me burlara, como si nada fuera digno de mi atención; todo el mundo, hasta los clientes, creían que yo era una criatura engreída; las plantas de los pies me ardían siempre como dos planchas: me extrañaba que los zapatos no se convirtieran en ceniza, de tanto que me ardían las plantas de los pies; a veces, sobre todo en el andén de la estación, estaba tan desesperado que me echaba agua helada dentro de los zapatos, pero únicamente me sentía aliviado un ratito, me carcomía el deseo de quitármelos, correr hacia el torrente y sumergir los pies en el agua, pero me limitaba a echarme sifón, algunas veces me ponía un poco de helado, y empezaba a entender porque en el trabajo los camareros llevaban los zapatos más viejos, más miserables y más roñosos, los que llevaría un traperero, porque sólo con unos zapatos así podía aguantarse estar de pie y andar todo el día; de hecho, todos, las mujeres de la limpieza y la cajera, padecían de las piernas y con razón, cada noche cuando me sacaba los zapatos tenía las piernas sucias hasta las rodillas, como si en vez de rondar durante el día entre parqué y alfombras, lo hiciera entre hollín; ésta era la otra cara de la moneda de los mozos, camareros y maîtres del mundo entero: por un lado hecho un petimetre, elegante, camisa almidonada con cuello blanco como la nieve, y por el otro, piernas negras como el carbón, igual que las de un apestado... pero a pesar de estos males no dejaba nunca de ahorrar para poder tener una chica distinta cada semana; la segunda chica de mi vida fue una rubia: cuando me preguntaron qué deseaba, dije que quería cenar, pero enseguida añadí que debía ser en un reservado, y cuando me preguntaron con quién, señalé a una rubia, así que aquella vez fue de una chica con el pelo claro de la que me enamoré; la velada que pasé con ella fue aún mejor que la primera, aunque la primera vez fue inolvidable. No dejaba de sentir el poder del dinero, pedía champán, pero lo probaba antes, la chica debía tomarlo conmigo, ya no permitía que me sirvieran champán a mí y a

ella, limonada. Tumbado y desnudo con la rubia al lado se me ocurrió una idea: me levanté para coger una peonía del jarrón y tras arrancarle los pétalos adorné el vientre de la chica, lo mismo hice con las demás peonías, era tan bonito que me quedé maravillado, la chica se levantó apoyándose en los codos para mirarse el vientre, pero los pétalos caían; dulcemente la volví a tumbar y descolgué el espejo de la pared para que también ella pudiese admirar la belleza de su barriguita tapizada con pétalos de peonías; me dije, cada vez que venga le adornaré la barriguita con flores, será fantástico, ella dijo que por culpa de las flores se había enamorado de mí, que nunca nadie había pensado en rendir un homenaje como aquél a su belleza, yo le dije, por Navidad arrancaré ramas de abeto y la adornaré, ¡qué bonito será!, ella opinó que el rusco sería aún más bello y que tendría que poner un espejo sobre el sofá para vernos tumbados juntos, y sobre todo para poder admirar su belleza desnuda, coronada con un ramo de flores alrededor del vello, con un ramo que cambiaría de aspecto de acuerdo con las estaciones y los meses, siempre hecho con flores de temporada, suspiró, qué delicia, estar adornada de margaritas, de campanillas, de crisantemos, de dalias y de hojas caducas multicolores... cuando me levanté me abracé y me sentía grande; en el momento de salir quise darle doscientas coronas, pero ella me las devolvió, así que las dejé encima de la mesa y me marché, por la ventanilla tendí un billete de cien coronas a la señora Paraíso, ella se inclinó para cogerlo y me atisbó a través de sus gafas... y me sumergí en la noche, en la oscuridad de las callejuelas, el cielo estaba cubierto de estrellas, pero yo no veía otra cosa que lirios de los valles, violetas, pensamientos y narcisos alrededor del vientre de la chica rubia, mi éxtasis aumentaba cada vez más al contemplar la idea de adornar con flores una bonita barriguita femenina con una colinita de vello en el centro, como si decorara un plato de jamón con hojas de lechuga; andaba despacio vistiendo mentalmente el cuerpo desnudo de la rubia con pétalos de tulipanes y de li-

rios, sonreía pensando que con dinero se puede comprar no sólo una chica hermosa sino también la poesía. Al día siguiente por la mañana, mientras estábamos todos reunidos en la alfombra, el patrón controló si llevábamos las camisas limpias, que no nos faltara ningún botón y acabó la revista con su habitual: Buenos días señoras, buenos días señores, yo no sacaba la vista de los delantales blancos de la mujer de la limpieza y de la que friega los platos, hasta que la de la limpieza me tiró de la oreja por haberla mirado tan fijamente, y comprobé que ninguna de ellas se dejaría adornar la barriguita ni con margaritas ni con peonías, ni con ramitas de abeto (¡como si se tratara de un ciervo asado!), y aún menos con rusco... como siempre, me puse a lavar los vasos y a través de ellos miraba por la ventana la mitad de cintura para arriba de las personas que avanzaban mientras repasaba mentalmente todas las flores veraniegas, las sacaba de la cesta y las colocaba, o bien enteras o bien sólo los pétalos, sobre la barriguita de la magnífica rubia de El Paraíso, ella estaba tumbada boca arriba y se abría de piernas, le adornaba también los muslos y cuando las flores resbalaban, se las pegaba con cola y las clavaba con un clavo o con una chincheta, eso me lo imaginaba mientras lavaba los vasos; nadie quería hacer aquel trabajo, en cambio yo me lo pasaba en grande, chapoteaba en el agua con el vaso, después me lo llevaba al ojo como para ver si estaba limpio, pero de hecho miraba a través del vaso y pensaba en las cosas que haría en El Paraíso; cuando se me terminaron las flores de los prados y los bosques, me entristecí: ¿qué haré en invierno? Pero enseguida solté una carcajada, porque las flores en invierno aún son más bonitas, compraría azaleas, begonias y si fuera necesario iría a Praga a buscar orquídeas o me quedaría a vivir en Praga; también encontraría trabajo en un restaurante y durante el invierno tendría todas las flores que quisiera... se acercaba la hora de comer y yo ponía las mesas, servía limonada, granadina y cerveza, el restaurante estaba lleno a tope y todos íbamos locos, entonces se abrió la puerta y entró

la rubia preciosa de El Paraíso, cerró la puerta y se sentó; sacó un sobre del bolso y se quedó mirando a su alrededor; yo me agaché como para abrocharme un zapato, el corazón me latía sobre la rodilla, a continuación el maître se me plantó delante para ordenarme que regresara enseguida al comedor, yo asentí con la cabeza, tenía la sensación de que la rodilla y el corazón se me habían intercambiado de sitio, sentía los latidos, pero al final me armé de valor y me levanté, estirando al máximo la cabeza y con una servilleta sobre el brazo fui hacia la chica a pedirle qué deseaba. Verle a usted y una granadina, dijo, y yo la imaginaba con un vestido de pétalos de peonías, las peonías la ceñían entera y me sonrojé, como una peonía; eso sí que no lo habría pensado nunca, mi dinero no tenía nada que ver, eso era gratis; fui por una bandeja llena de vasos de granadina y con la bandeja en la mano vi que en el sobre había las doscientas coronas y entonces la rubia me miró de tal forma que me temblaron las rodillas, la bandeja se inclinó y uno de los vasos resbaló, se cayó y se vertió sobre el regazo de la chica; en un santiamén vinieron el patrón y el maître para presentar excusas, el patrón me tiró de la oreja y me la retorció, pero no debería haberlo hecho porque la rubia gritó en medio del restaurante: ¿Con qué derecho hace esto? Y el patrón: Le acaba de ensuciar el vestido y yo tendré que pagar la tintorería... Y ella: ¿Por qué se mete donde no le llaman? Yo no le he reclamado nada, ¿con qué derecho humilla a este hombre ante todo el mundo? Y el patrón dulcemente: Le ha estropeado el vestido... los clientes habían dejado de comer y escuchaban con atención, y ella exclamó: ¿Y a usted qué le importa?, ¡le prohíbo hacer estas cosas! ¡Mire! Y cogió una jarra de granadina y se la vertió entera encima de la cabeza y el pelo, luego otra y otra hasta que quedó completamente empapada de granadina y cubierta de burbujas de gas, cogió la última jarra y se la echó en el escote mientras decía: ¡La cuenta!... y se fue, dejando el perfume de granadina tras de sí como un velo, vestida de pétalos sedosos de peonías y rodeada de abejas; el patrón

cogió el sobre de la mesa y me ordenó: Corre, dale esto, se lo ha dejado aquí... Cuando salí la vi en la plaza, parecía un puesto de golosinas de feria, llena de avispa y abejas, no oponía ninguna resistencia para que le chuparan el jugo dulce que formaba su segunda piel, igual que el barniz en los muebles o en los barcos, y yo no quitaba la vista de su vestido de peonías, le di las doscientas coronas, pero ella me las devolvió diciendo que la noche anterior las había olvidado... Y añadió que aquella noche no dejara de ir a verla a El Paraíso, porque había comprado un precioso ramo de amapolas... y yo veía que con el sol se le había secado la granadina en el pelo, que lo tenía aplastado y tieso como un pincel cuando el pintor se olvida de limpiarlo con aguarrás, no apartaba los ojos de su vestido pegado al cuerpo por la bebida azucarada y me imaginaba que se lo tendría que arrancar como un viejo cartel, o el papel de la pared... pero todo eso no era nada, lo que me dejó boquiabierto fue que la chica hablara conmigo de aquel modo, que yo no le daba miedo, que me conocía mejor que los del restaurante, que seguramente me conocía mejor que yo mismo... Aquella noche el patrón me dijo que necesitaba mi habitación de la planta baja para ampliar la lavandería, que debía trasladar mis cosas al primer piso. Dije, podemos esperar hasta mañana, ¿no? Pero el patrón me miró largamente y yo me di cuenta que sabía que había gato encerrado, por eso tenía que trasladarme enseguida, y me volvió a recordar que a las once debía estar en la cama, que respondía de mí tanto delante de mis padres como delante de la sociedad, que para poder trabajar durante el día, un mozo debía dormir toda la noche...

Los clientes que más me gustaban eran los viajantes. No todos, porque también los había que tenían algún negocio estúpido, como los comerciantes de baratijas. Mi predilecto era un viajante tan gordo, que cuando lo vi por primera vez corrí a buscar al patrón: ¿Qué pasa?, preguntó asustado. Y yo dije, señor patrón, hay un hombre de peso. El patrón fue a verle, y sí, sí, nunca en la vida había visto alguien tan gordo;

me llenó de alabanzas por ser listo y escogió para el hombre obeso una habitación especial, en la que se alojaba cada vez que venía, tenía una cama preparada en la que había dos listones, que el chico de los encargos reforzó con cuatro patas. Aquel hombre hizo en el hostel una entrada triunfal: su criado llevaba algo pesado a la espalda, tenía pinta de mozo de estación, lo que acarrea parecía una máquina de escribir y debía de pesar como un muerto. Por la noche, aquel viajante cenó de la forma siguiente: leyó la carta como si no terminara de decidirse y después dijo: tráemelo todo, menos los riñones al vino blanco, un plato tras otro, siempre que esté a punto de terminar el último, tráeme el siguiente, y así hasta que diga basta; se zampó una comilona para diez personas... Después de cenar se quedó adormilado y al cabo de un rato dijo que le apetecía comer un poco, por ejemplo cien gramos de longaniza húngara. Cuando el patrón se la llevó, el viajante cogió un puñado de monedas, abrió la puerta y las lanzó a la calle; entonces comió unas rodajas de longaniza y vuelta a empezar, como si se hubiera enfadado, cogió un gran puñado de dinero y lo tiró afuera y se volvió a sentar indignado; los clientes habituales se miraban los unos a los otros y el patrón, que no entendía nada, se acercó al viajante y con una reverencia le preguntó, dispense, señor, ¿por qué tira este dinero? Y él contestó, por qué no tendría que tirar monedas a la calle si usted, el dueño de este establecimiento, cada día tira billetes de diez coronas a la basura... y el patrón volvió a la mesa de los habituales para comunicárselo, pero estos se extrañaron aún más, así que el patrón decidió hablar otra vez con el saco de grasa y le dijo, no se lo tome a mal, pero me preocupan mis bienes, usted puede tirar tantas monedas como quiera, pero ¿qué tienen que ver mis billetes de diez coronas?... El gordo se levantó y dijo, si me permite, se lo explicaré, ¿puedo entrar en la cocina? El patrón se inclinó y con un gesto le invitó a entrar; una vez dentro, oí cómo se presentaba, soy el representante de la casa Berkel, tenga la bondad de cortarme cien gramos de

longaniza húngara, ¿de acuerdo? La mujer del patrón la cortó, la pesó y la colocó en un platito, todos estaban asustados pensando que había venido una inspección, pero el viajante dio unas palmas, el criado se levantó y llevó a la cocina aquel objeto cubierto con el trapo, que ahora sugería un torno de hilar, lo colocó sobre la mesa y el representante retiró el trapo: había un aparato muy bonito, de un rojo vivo, una sierra circular brillante que giraba sobre un eje, provisto de una manivela, de un mango y de un botón... y el hombre gordo sonreía feliz mirando su artefacto, y decía, la empresa más grande que existe es la Iglesia católica, que hace negocio con algo que nadie ha visto ni tocado, ni se ha podido encontrar en ninguna parte desde que el mundo es mundo y que se llama Dios; la segunda gran empresa del mundo es la casa International, veo que ya tenéis uno de sus muchos aparatos que funcionan en todo el mundo y que se llama caja, es suficiente con pulsar los botones correctamente y por la noche, en lugar de perder el tiempo haciendo números, la misma caja os da el balance; y la tercera empresa comercial más importante es la que tengo el honor de representar; se trata de la casa Berkel, fábrica de balanzas que dan el peso exacto en cualquier parte del mundo, tanto en el polo norte como en el ecuador; además fabricamos toda clase de aparatos para cortar carne y longaniza; el encanto de este aparato reside, señores míos, en esto... decía mientras pelaba un trozo de longaniza húngara con el permiso del patrón; dejó la piel sobre nuestra balanza, su gruesa mano daba vueltas a la manivela, la otra mano empujaba el trozo de longaniza contra la cuchilla circular: las rodajas se amontonaban sobre la bandeja, el montón crecía como si ya estuviera la longaniza entera cortada, pero todavía quedaba mucha... y el representante dejó la manivela y preguntó, ¿qué les parece, cuánta he cortado? El patrón dijo, ciento cincuenta gramos, el maître, ciento diez, y tú, pequeñín, ¿qué te parece?, me preguntó. Dije, ochenta gramos, y el patrón no tardó nada en tirarme de la oreja y retorcermela,

disculpándose ante el representante, es que el chico, cuando era un crío de pecho, se le cayó a su madre de cabeza al suelo, pero el representante me sonrió y dijo, el que más se ha acercado es el chico; puso la longaniza cortada en la balanza y marcó setenta gramos... Nos miramos con complicidad porque era obvio que aquella máquina nos haría ganar un buen dinero; cuando nos apartamos del aparato, el representante cogió un puñado de monedas y las tiró a la basura, dio unas palmas y su mozo trajo otro paquete, la forma del cual me hizo pensar en una campana de cristal bajo la que mi abuela guardaba una estatuilla de la Virgen, y cuando sacó el estuche apareció una balanza, parecía una de las que tienen en las farmacias, con una aguja muy sensible que señala sólo hasta un kilo, y el vendedor glotón dijo, señores míos, esta balanza es tan precisa que cuando soplo un poco sobre ella señala el peso de mi aliento... sopló y, efectivamente, la aguja se movió, entonces cogió la longaniza cortada de nuestra balanza y la colocó sobre la suya, que señaló que había exactamente sesenta y siete gramos... Quedaba claro que nuestra balanza cada día robaba tres gramos al patrón, y el representante se puso a hacer números, eso suma... después lo subrayó y dijo, si cada semana vende diez kilos de longaniza, nuestra balanza le ahorra cien veces tres gramos, es decir, casi la mitad de una longaniza... se apoyó en la mesa con el puño cerrado y se tocó la pierna de tal forma que la punta del pie le tocaba al suelo y el talón estaba vuelto hacia arriba, el representante sonrió triunfalmente, y el patrón dijo, fuera todo el mundo, aquí tenemos que hablar de negocios, quiero que me lo deje tal cual, ¡me lo quedo todo! Esto, señor, es para hacer demostraciones, dijo el representante, y señalando al mozo, añadió, durante una semana hemos recorrido las montañas y en casi cada hostal digno de este nombre hemos vendido cortadoras de jamón y balanzas, y es que con lo que la gente se ahorra puede pagar los impuestos, ¡he aquí mi fórmula mágica de venta! Supongo que aquel representante me tenía un poco de cariño, seguramen-

te le recordaba su propia infancia, porque cada vez que me veía me acariciaba el pelo y me dirigía una sonrisa tan sincera que los ojos se le llenaban de lágrimas. A veces me pedía que le trajera agua mineral a la habitación; cada vez que se la subía, me lo encontraba con el pijama puesto, tumbado sobre la alfombra con su barriga enorme depositada a un lado, igual que un barril, me encantaba que no se avergonzara, al contrario, la llevaba delante de él como si fuera un objeto publicitario que sorprendiera a todo el mundo. Siempre me decía, siéntate, hijito, me sonreía de tal forma que tenía la sensación de que me había acariciado una madre y no un padre. Una vez me contó, sabes, yo empecé igual que tú, también de jovencito, en la casa Koreff, artículos de mercería; criatura mía, aún me acuerdo de mi primer patrón, que no paraba de repetirme, un buen hombre de negocios debe tener tres cosas: el patrimonio, la clientela y las existencias, si pierdes las existencias, te queda la clientela, si también pierdes la clientela, tienes el patrimonio y eso no te lo puede quitar nadie; una día mi patrón me mandó a buscar peines, unos peines muy bonitos de hueso, habían costado ochocientas coronas y yo los llevaba en la cesta de la bicicleta, en dos bolsas enormes, vamos, coge un bombón, sí, éste, es de cereza bañada en chocolate; había una cuesta, así que tuve que bajar y empujar la bicicleta; ¿cuántos años tienes?, dije que quince, él asintió con la cabeza, cogió un bombón y se lo comió chasqueando la lengua y continuó su historia; bien pues, empujaba la bicicleta cuando de pronto vi que venía una campesina, también en bicicleta, que al entrar en el bosque se paró; cuando llegué hasta ella, me miró de tal forma y se me puso tan cerca que bajé los ojos, ella me acarició y dijo, ¿vamos a coger moras? Dejé la bicicleta con los peines en la cuneta y ella colocó la suya encima, me cogió de la mano y así atravesamos el primer matorral, me tiró de espaldas al suelo, me desabrochó y en un abrir y cerrar de ojos se lanzó sobre mí y su cuerpo me inundó, fue con aquella campesina que me estrené, pero de pronto me acordé de la

bicicleta y de los peines, corrí hacia allí, su bicicleta reposaba sobre la mía, los peines todavía estaban y yo solté un profundo suspiro, la campesina vino y cuando vio que me costaba liberar el pedal de su rueda de atrás –y es que en aquellos tiempos las bicicletas de señora llevaban en la rueda trasera una especie de rejilla multicolor, parecida a las mosquiteras que cubrían la cabeza y el cuello de los caballos–, me dijo que ello era una señal divina que nos indicaba que aún no debíamos separarnos, pero yo estaba con el corazón en un puño, vamos, coge otro bombón, éste, relleno... nos adentramos aún más en el bosque, con las bicicletas, la campesina me metió la mano dentro de los pantalones, en aquella época yo era más joven que ahora, claro, entonces fui yo el que se puso sobre ella y las bicicletas las habíamos colocado también así, la mía sobre la suya; así hicimos el amor, nosotros y las bicis, era magnífico, recuerda, hijito, que la vida, si te sale un poco bien, es preciosa, preciosa... pero, venga ve a acostarte, mañana tendrás que madrugar, hijito, ¡vamos! Y cogió una botella y se la bebió entera, yo oía cómo el agua se le movía en el estómago, igual que el agua de la lluvia cuando cae del canal a la cisterna, y después, cuando se volvió de lado también el agua se puso de nuevo en su sitio con un chapoteo netamente perceptible... Los representantes de productos alimenticios, de margarina o de utensilios de cocina no me gustaban demasiado porque se traían su propia comida y se la zampaban en la habitación, los había que hasta llevaban un fogón de alcohol; en la habitación se preparaban una sopa de patatas, tiraban las pieles debajo de la cama y por si fuera poco reclamaban que les lustrara los zapatos de balde; cuando se iban me dejaban una insignia publicitaria como propina por el gran honor de haberles llevado al coche un baúl lleno de levadura que debían vender por el camino. Algunos viajeros llevaban tantas maletas que parecían transportar personalmente lo que debían vender en una semana, otros, en cambio, no llevaban absolutamente nada. Cada vez que un viajante llega-

ba sin maletas, yo me preguntaba qué artículos debía representar. Y siempre se trataba de algo sorprendente; había uno, por ejemplo, que vendía papel de embalar y bolsas de papel, llevaba las muestras bien dobladas en el bolsillo de la americana, otro no llevaba nada absolutamente, sólo un maletín donde guardaba las hojas de pedido y un yoyó o un diábolo, paseaba por las calles jugando con el yoyó o con el diábolo, jugando entraba en las tiendas, en todas y cada una el dueño plantaba a los clientes o representantes de otras mercancías e igual que un sonámbulo corría hacia el yoyó o cualquiera de esos juguetes que se ponen de moda hasta que la gente se harta: ¿cuántas docenas, cuántas gruesas me puede mandar? El representante se hacía de rogar, pero con magnanimidad le concedía veinte docenas y seguramente aún más; después, con la moda de las pelotas de goma, el representante jugaba en el tren, en la calle y en la tienda con una pelota, los dueños de las tiendas no le sacaban la vista de encima, mirando la pelota como hipnotizados, arriba y abajo y vuelve a la mano, y venga insistir, ¿cuántas docenas y cuántas gruesas me concederá? No, con aquel tipo de representantes que seguían la moda no congeniaba, el maître también los miraba con recelo, eran unos embaucadores, se veía de sobra que lo que querían era hartarse de comer y al fin largarse sin pagar; hay que decir que algunas veces llegaron a hacerlo... No, me gustaba mucho más el representante de la casa Primerose, al cual habían bautizado con el sobrenombre del Rey del Caucho porque suministraba artículos de higiene íntima a las droguerías; siempre que venía, los clientes habituales le invitaban a su mesa porque llevaba cosas nunca vistas con las que se divertía bromeando a costa de alguno de los clientes, o repartía preservativos de todos los colores y formas; a mí, aunque era un mozo, nuestros habituales me resultaban repelentes con sus groserías obscenas, su pedantería y su aire de superioridad; el Rey del Caucho, siempre disimuladamente, metía un preservativo en el plato de alguno de los clientes y cuando aquél descubría el

objeto escondido entre la pasta, todo el mundo se reía a mandíbula batiente, aunque cada cual sabía que en la próxima ocasión le podía tocar a él, como le pasó una vez al señor Živnostek, dueño de una fábrica de prótesis, que a menudo ponía un par de dientes postizos en la taza de café de uno de los comensales, y que un día estuvo a punto de atragantarse con la dentadura que había colocado en la jarra de cerveza del vecino, porque éste las intercambió; y seguro que el señor Živnostek se habría ahogado si el veterinario no le hubiese dado un buen golpe en la espalda, tras el que las dentaduras salieron volando y cayeron bajo la mesa; allí el señor Živnostek las hizo añicos al pisarlas pensando que se trataba de dentaduras postizas de su fábrica, y demasiado tarde se dio cuenta que acababa de destrozar su propia prótesis hecha a medida... De manera que quien rió último fue el señor Šloser, que se dedicaba a confeccionar prótesis a medida... El Rey del Caucho acostumbraba a llevar cosas estrambóticas como una llamada el Consuelo de las Viudas, nunca pude descubrir de qué se trataba, porque lo llevaba en algo parecido a un estuche de clarinete que, cuando lo abría y antes de pasarlo al vecino, provocaba que los clientes se desternillasen de risa; un día el Rey del Caucho trajo una muñeca de goma, en aquella ocasión la camarilla estaba sentada en la cocina, era invierno –en verano acostumbraban a sentarse cerca del billar o de la ventana separados siempre por una mampara del resto de la sala– y el Rey del Caucho tenía un sermón preparado que hacía que todos se partieran de risa, pero a mí no me parecía nada cómico; la muñeca empezó a circular entre los comensales, que se ponían serios y se sonrojaban cuando la tenían en la mano, mientras el Rey del Caucho les sermoneaba como un maestro de escuela: Señores, he aquí la última novedad, un objeto sexual para llevarse a la cama, una muñeca de goma llamada Primavera con la que podréis hacer lo que os dé el gusto y la gana, porque Primavera parece viva, tiene las medidas de una chica adulta, la encontrareis excitante, cariñosa, bonita y llena de

sexo, millones de hombres han esperado la aparición de una Primavera de goma que pudiesen hinchar con su propia boca; esta mujer, surgida de vuestro aliento, proporcionará a cada hombre la confianza en sí mismo y por tanto una nueva potencia viril, una desconocida erección y un placer fabuloso. Porque Primavera, señores, está hecha de una goma especial y entre las piernas tiene la abertura pertinente con las formas que decoran el cuerpo de una mujer de verdad. Un pequeño vibrador que funciona con pilas transmite al sexo femenino un dulce movimiento sensual, de modo que todo el mundo puede llegar a la cima de la voluptuosidad como más le plazca, teniendo siempre la sartén por el mango. Y para que no deban preocuparse por la cuestión de la limpieza, les aconsejamos que utilicen el preservativo Primerose, y para evitar un posible rasguño les recomendamos que utilicen una crema especial de glicerina... Y cada comensal hinchaba Primavera con todas sus fuerzas, entonces el Rey del Caucho sacaba el pequeño tapón y la muñeca se deshinchaba, preparada para que el próximo cliente la pudiera volver a hinchar con su propio aliento, verla crecer entre sus manos, acompañado de los vivos aplausos y las risas del resto de los señores que esperaban con impaciencia su turno; la alegría llegó hasta la cocina, la cajera se movía nerviosamente y cruzaba las piernas una sobre la otra, como si fuera a ella a la que hincharan; el jolgorio duró hasta medianoche...